
Índice

Presentación	2
Partida de Bautismo	2
Partida de Confirmación	3
Recepción de ministerios y órdenes	3
Cargos pastorales	4
Partida de defunción de la parroquia de Munera	4
Partida de defunción del Registro Civil de Munera	4
Relatos de su vida y martirio	4
1 Infancia	4
2 Vida familiar	6
3 Vida en el seminario	6
4 Vida ministerial	6
5 Consejos a acólitos	7
6 Piedad	7
7 Providencia	8
8 Dolor por sus fieles	9
9 Celo por las prescripciones de la Iglesia	9
10 Preparación a los sacramentos	9
11 Oración	10
12 Predicación	10
13 Amor a la Eucaristía	10
14 Confesión	11
15 Sacerdocio	11
16 Obediencia	11
17 Caridad y modestia	12
18 Dirección espiritual	12
19 Jóvenes	12
20 Niños	12
21 Asociaciones de Iglesia	12
22 Celo apostólico	13
23 Vocación al martirio	13
24 Su madre	14
25 Martirio	14
Homilía de la Misa de Beatificación de los mártires de España del siglo XX	17
Oración a los Mártires de España del siglo XX	20
Triduo en memoria del martirio del Beato Don Bartolomé	21

Beato Bartolomé Rodríguez Soria

Presentación

Con motivo de recordar el martirio de Don Bartolomé, hijo de nuestra ciudad de Riópar, he querido compilar breves relatos de su persona, vida y martirio, los cuales fueron extractados de la *Positio super martyrio*¹ presentada ante la Congregación para la Causa de los Santos, para iniciar la Causa de Canonización de los mártires de España.

Don Bartolomé no sólo es modelo de santidad por su martirio, sino, sobre todo, por su vida de fe, de amor, de confianza en Dios. Su vida toda nos habla de que es posible alcanzar la santidad que Dios Padre sueña de cada uno de nosotros. Es por ello que la Iglesia, con su sabiduría, nos lo muestra como modelo de fe.

Un santo no es sólo una persona a la cual le pedimos favores, sino esencialmente un modelo de vida. En Don Bartolomé tenemos a un hermano que nació en nuestro pueblo, que hemos conocido a su familia, que su casa estaba entre nuestras casa, no es alguien que nos es indiferente, lejano, sino todo lo contrario, su cercanía nos habla de que también la santidad de vida es cercana a nosotros.

Que estos relatos de su persona, de vida de fe y de entrega, nos alienten a buscar cada día la santidad en nuestras vidas, ya seamos niños, jóvenes, adultos o ancianos, todos hemos sido llamados a la santidad: una vida de fe, amor y esperanza.

D. Fabián

Partida de bautismo del Beato Bartolomé Rodríguez Soria

Fecha de nacimiento: 07.09.1894 – Fecha de Bautismo: 09.09.1894

DON JUAN TOMÁS RODRÍGUEZ ROMERO, Pbro. Lic. en Sagrada Teología y cura ecónomo de la Villa de Riópar.

CERTIFICO: Que en el libro catorce de Bautismos de este archivo de mi cargo, al folio cinco, se encuentra lo siguiente:

“En la Parroquia del Espíritu Santo de la Villa de Riópar, arzobispado de Toledo, provincia de Albacete, a nueve de septiembre de mil ochocientos noventa y cuatro; yo, don Domingo Durango y Gallego, cura propio de ella, bauticé y crismé solemnemente a un niño que nació el día siete del corriente a las nueve de la noche, y púsele por nombre Bartolomé: hijo legítimo de Juan Vte. Rodríguez y de Joaquina Soria; abuelos paternos, José y Victoria, de Villanueva de la Fuente, y de ésta; maternos Bartolomé, y Candelaria Monterde, naturales de Pozo-Hondo y de ésta, como también los padres; fueron padrinos

1. CONGREGACIO DE CAUSIS SANCTORUM, Prot. N. 1730. Toletana. Canonizationis seu declarationis martyrii Servorum Dei **Liberii González Nombela**, in odium fidei, uti fertur, interfectorum (+ 1936). Positio Super Martyrio. Romae, 1994. Pp. 197-264

Antonio Rodríguez, y Josefa Soria, consortes, a quienes advertí su obligación y espiritual parentesco”.

Fueron testigos Eusebio Morcillo y Antonio Buendía, y firmé = Domingo Durango y Gallego = Rubricado.

Partida de confirmación

Fecha de confirmación: 31.10.1905

DON JUAN TOMAS RODRIGUEZ Y ROMERO, Pbro. Lic. en Sagrada Teología, y cura ecónomo de la Villa de Riópar.

CERTIFICO: Que en el libro primero de Visitas Eclesiásticas y Confirmaciones de esta iglesia parroquial del Espíritu Santo, al folio tercero, se encuentra lo siguiente:

“El Ilmo. Sr. Dr. don Isidro Badía y Sarradell, obispo de Ascalón *in partibus in fidelium* auxiliar del Emmo. Sr. cardenal arzobispo de Toledo, en el día treinta y uno de octubre de mil novecientos cinco, administró el santo sacramento de la confirmación en la Capilla de S. Juan Bautista, sita dentro del término y jurisdicción de la iglesia parroquial de la Villa de Riópar, a Bartolomé Rodríguez Soria, hijo legítimo de Juan Vicente, y de Joaquina, siendo padrinos don José Manrique de Lara, y D^a Luis Márquez. Y para que conste firma dicho Ilmo. Sr. obispo en Riópar a primero de noviembre de mil novecientos cinco = Isidro, obispo de A. auxiliar de Toledo” = Rubricada

Recepción de ministerios y órdenes

- **Primera tonsura y cuatro Órdenes Menores:** El Emmo. y Rvdo. Sr. cardenal arzobispo de la arquidiócesis de Toledo, Dr. don Victoriano Guisasola y Menéndez, confirió Ordenes Generales en los días 22 y 23 de diciembre de 1916, Feria VI y Sábado de las Cuatro Témperas de Santo Tomás Apost. en la capilla pública de este Palacio Arzobispal.
- **Subdiaconado:** El Ilmo. y Rvdm. Sr. Dr. don Juan Bautista Luis Pérez, obispo de Dorilea, auxiliar de este arzobispado, con expresa autorización del Emmo. y Rvdo. Sr. cardenal Guisasola y Menéndez, confirió Ordenes Generales los días 23 y 24 de marzo de 1917, Feria VI y Sábado “*ante Dominicam Passionis*”, en la capilla pública de este Palacio Arzobispal.
- **Diaconado:** El Ilmo. Sr don Juan Bautista Luis et Pérez, obispo titular de Dorilea, auxiliar de este arzobispado, con autorización expresa del Emmo. y Rvdo. Sr. cardenal arzobispo de esta archidiócesis, confirió Ordenes Generales en los días 21 y 22 de diciembre de 1917, Feria VI y Sábado de las Témperas de Santo Tomás Apóstol, en la capilla pública de este Palacio Arzobispal.
- **Presbiterado:** El Emmo. y Rvdo. Sr. cardenal arzobispo de esta archidiócesis, Dr. don Victoriano Guisasola y Menéndez, confirió Sagradas Ordenes Generales en los días 15 y 16 de marzo de 1918, Feria VI y Sábado *ante Dom. Passion* en la capilla pública del Palacio Arzobispal.

Cargos pastorales

- Coadjutor de Santa Quiteria, de Elche de la Sierra, desde el 12 de abril de 1918
- Ecónomo de Nutra. Sra. del Rosario, de Balazote, desde el 27 de septiembre de 1919
- Ecónomo de S. Miguel Arcángel, de Peñascosa, desde el 21 de septiembre de 1925
- Párroco de S. Sebastián, de Munera, desde el 22 de octubre de 1927.

Partida de defunción de la parroquia de Munera

Nº 62

En la sacristía de la iglesia parroquial de San Sebastián de la villa de Munera, arzobispado de Toledo, provincia de Albacete. Después de soportar, valiente y santamente cruel martirio, recibiendo once tremendas palizas, siendo arrojado desde el púlpito al suelo y habiéndole dado orinas a beber, y perdonando como Cristo a sus verdugos, expiró, don Bartolomé Rodríguez Soria, cura párroco, el día veintinueve de julio de mil novecientos treinta y seis, siendo inhumado en el cementerio de la localidad.

Munera, 6 de junio de 1939.

Partida de defunción del Registro Civil de Munera

En la villa de Munera provincia de Albacete, a las once y ... minutos del día cinco de agosto de mil novecientos cuarenta, ante don Emiliano Paños Blázquez, juez municipal de esta villa; don Eustasio Blázquez Morcillo, secretario habilitado, se procede a inscribir la defunción de don Bartolomé Rodríguez Soria, nacido en Riópar el día 3 de setiembre, de 42 años de edad, natural de Riópar, provincia de Albacete, hijo de don Juan Vicente Rodríguez y de Dña. Joaquina Soria, domiciliado en esta villa de calle de los Olmos, número..., piso..., profesión sacerdote y de estado. Falleció asesinado por la horda roja, el día veintinueve de julio de mil novecientos treinta y seis. Minutos, a consecuencia de..., según resulta... y reconocimiento médico practicado, y su cadáver habrá de recibir sepultura en el cementerio de...

Esta inscripción se practica en virtud de orden del Juzgado de Instrucción de La Roda como consecuencia de expediente que en el miso se ha tramitado para ello, consignándose además... habiéndola presenciado como testigos don Luis Morcillo Lario, y don Leopoldo Bas y Bas, mayores de edad y vecinos de esta villa. Leída esta acta, se sella con el de este Juzgado y la firma del Sr. Juez, los tres testigos de que certifico. Emiliano Paños. Luis Morcillo. Eustasio Blázquez, con sus rúbricas y sellado.

Relatos de su vida y martirio

1. Infancia

Le oí decir a su madre, más de una vez, que desde niño fue el modelo de su casa. Sus juegos consistían en levantar altarcitos en su casa y en ellos colocaba alguna estampita de Jesús o de su Madre ante las cuales pasaba horas enteras entregado a la oración. Su devoción a la Eucaristía le llevó al ministerio sacerdotal.

Profesó siempre gran devoción y veneración a la Santísima Virgen. El santo Rosario fue para él rezo obligatorio desde su niñez.

Otro caso admirable contado por su madre, que revela la grandeza del alma de ese santo: siendo muy niño todavía, cuando sólo contaba seis o siete años de edad, ya era extraordinario el horror que le inspiraba todo pecado, pero de un modo especial el pecado de la blasfemia, y tanto era así que una tarde que salió con él de paseo por las afueras del pueblecito en que vivía, habiendo oído decir una blasfemia a un carretero que cruzaba la carretera con un carro, se adelantó heroico hasta ponerse frente al blasfemo, denostándole por su cobardía y rogándole que si le sobraba saliva en su boca se la arrojase en su rostro y no al de Dios, para lo cual le puso su carita de ángel. Aquel hombre, impresionado por las palabras y acción del pequeño, se echó a tierra y cogiendo entre sus brazos al niño le estampó dos sonoros besos prometiéndole que en adelante no diría ninguna palabra fea.

Desde pequeñito fue siempre muy bueno, humilde, obediente a sus padres, jamás les dio el menor disgusto. Antes de tener la edad reglamentaria empezó a ir a la escuela, y cuando cumplió los seis años ya sabía leer bastante bien para lo que cabe en esa edad.

Pronto empezó a ser monaguillo de la parroquia, no sé qué edad tendría porque el misal le costaba mucho el mudarlo y el Sr. cura tenía que mediarle las hojas para que no pesara un lado más que el otro.

Con su constancia y fervor pronto se caracterizó en el servicio del altar y he de advertir que no lo llevaría el aliciente del dinero porque a él no le daban asignación ninguna.

Un día (Jueves Santo), en contra de su costumbre (no solía faltar de casa sin que lo supieran mis padres), era la hora de comer y sin venir, salió mi padre a buscarle y fue a la iglesia donde se figuraba que estaba, y al preguntarle por qué no iba a comer, le respondió: “Es que me ha dicho el sacristán que no me moviera de aquí, ¿cómo voy a dejar solo al Señor?”. Un día estaba con mis padres y a corta distancia de ellos oyó proferir una blasfemia y en un arranque impropio de su corta edad y (era muy tímido) se dirigió hacia ellos y les reprendió la ofensa tan grande que habían hecho al Señor.

En la escuela bien pronto alcanzó los primeros puestos siendo el nº 1 de sus condiscípulos y el más querido del maestro, según testimonio de él mismo, debido a su excepcional aplicación y obediencia. Estaba dotado de una memoria extraordinaria que alguna vez dijeron no se suelen aunar memoria e inteligencia, pero sin duda tenía las dos cualidades. El último año que estuvo en la escuela decía el maestro que no sabía qué decirle porque sabía tanto como él. Cuando se decidieron en casa que se marchase a estudiar, le preguntaron si prefería otra carrera, y él contestó que quería ser sacerdote.

2. Vida familiar

Decían que era el espejo en donde se miraba toda la familia. Era verdad, ¡qué modelo de sacerdote, de hijo, de hermano! ¡Qué santidad demostraba en todo, qué veneración sentía por su sacerdocio! Nunca quería que le hiciésemos ninguna distinción en la mesa. Tampoco demostró en casa nunca ser el jefe, antes al contrario se hacía el más pequeño. Se rezaba el Rosario en familia, el ángelus a medio día y a la tarde y aunque hubiera visita algunas veces, decía: “Aunque no les dé gusto, ya saben que en casa de los curas se reza”.

3. Vida en el seminario

Su vida de seminarista fue toda igual desde el primer día; vida llena de virtud y amor al estudio. Nunca conocí que fuera castigado ni aun reprendido por los superiores que nos dirigían. Gozaba del cariño de todos al tiempo que del respeto y admiración que siempre lleva la virtud y la seriedad. Fue muy aventajado en las clases y casi toda la carrera obtuvo premios de aplicación y suficiencia.

De seminarista no podía hablar mejor de él, ¡qué cartas recibían mis padres tanto del Sr. rector como los superiores!, elogiándolo mucho, tanto por su mucha aplicación como por sus buenas cualidades. El Sr. cura decía que prometía mucho y era verdad, conforme iba creciendo lo iba demostrando. Al venir de vacaciones hacía un altarcito en su habitación, ponía una cajita en el centro que hacía de sagrario, todas sus estampas y demás accesorios, encendía dos velas y allí pasaba las horas. Una carta que escribió a sus amigos a poco de marcharse (el primer año) les decía lo que había visto en Toledo y al explicarles cómo era la catedral decía: “¡Cuándo en la tierra y de manos de los hombres es esto!, en el cielo ¿qué será?”.

4. Vida ministerial

El primer cargo que le dieron fue Elche de la Sierra. Con cuánta fe y devoción empezó a ejercer su santo ministerio; pronto empezaron a conocerlo y a él acudían a escuchar sus consejos y someterse a su dirección; hasta cuando bautizaba a los chicos alguien dijo que los bautizaba mejor que el párroco, muchos enfermos decían que llamasen al Sr. cura de S. Blas, que así se llamaba la calle en que vivíamos. Todavía lo recuerdan con cariño.

Año y medio estaría en Elche cuando le dieron el economato de Balazote; allí ya se esponjaba más, sin trabas ninguna, a ejercer su apostolado con las almas. Daba la casualidad que hacía unos meses no había sacerdote fijo y en estos casos la gente se aparta mucho de Dios, prescindiendo de todo lo divino, pero él con la predicación y su buen ejemplo pronto empezó a conseguir fruto.

Don Prudencio Melo, arzobispo de Valencia, quiso llevárselo consigo. La misma intención don Narciso Estenaga, obispo de Ciudad Real, lo llamó urgentemente. Deseaba darle un beneficio en la catedral y nombrarlo secretario particular; le mostró cuáles iban a ser sus habitaciones de palacio, su oficina, diciéndole: “Todo

esto será para ti. Tú serás el dueño, seré tu segunda madre, y no tendré de obispo para ti sino el anillo pastoral”. Con ambos quedó agradecido, pero no se marchó. En el concurso a parroquias, que fue el primero en el que tomó parte, le dieron la parroquia de Munera, pero hasta que se iban colocando tuvo que marcharse unos meses a El Bonillo, y al enterarse el párroco que iba mi querido Bartolomé les dijo a sus amistades: “Nos viene un S. Luis Gonzaga” (no cabe mejor presentación). En la vida ministerial, más que otra cosa, conocí su labor admirable. Fui a sustituirle en la parroquia de Balazote, en la que estuvo de ecónomo algunos años. Puedo asegurar que mi primera labor fue cosechar la abundante mies que él tenía preparada. No sé qué era más admirable en aquella parroquia. La doctrina de los niños. La asistencia a los enfermos igualmente era ordenada y de aquí que los últimos sacramentos eran recibidos por todos los enfermos. El archivo parroquial, minuciosamente llevado. En su vida moral, a pesar de su plena juventud, no pude oír ni aún esa murmuración corriente que persigue al sacerdote y más en aquellos tiempos. Tenía preparada una colección de niñas que parecían un ramo de azucenas y éstas fueron las que me prestaron más ayuda en la parroquia cuando mayores.

5. Consejos a acólitos

Nos decía Don Bartolomé: que todos mis actos fueran realizados con el máximo respeto y veneración que las cosas sagradas merecen, procurando inculcarnos la mayor diligencia para ayudar a misa, como igual para todos los fieles; tanto extremaba su celo, que hasta las genuflexiones recomendaba que habían de llegar con la rodilla hasta el suelo, recomendándonos que los demás tenían que imitar de nosotros, por esto era necesario hacerlo bien y despacio.

Otra cosa que no permitía era que le diera la espalda al sagrario, por lo cual él era el primero en observarlo, por considerarlo falta de reverencia para con Jesús Sacramentado, como igual siempre encontraba ocasión para hablar del honor que debemos a las cosas sagradas, siendo incansable en sus predicaciones y ejemplos para que de él pudiéramos tomar ejemplo en cualquier momento.

6. Piedad

Puedo asegurar que en el tiempo que viví muy cerca de él seguía con la misma pureza bautismal que de niño. Vivía tan unido al corazón de Cristo que todos sus pensamientos, palabras y obras tenían por norte la gloria de Dios y la salvación de las almas. Su conversación siempre era de Dios. En todas sus acciones ardía siempre la caridad. No hablaba más que por amor de Dios. Dios lo era todo para él, y a Dios ofrecía y refería siempre lo que hacía.

Todos los días, al entrar a la Iglesia, hacía sus actos de adoración, poniendo a continuación muchísimo cuidado en la preparación de lo necesario para el santo sacrificio de la Misa, no dejando nunca preparar el cáliz, como igual extremaba el

cuidado en la purificación de los vasos sagrados, llevando consigo la llave del sagrario por su seguridad de que alguien pudiera profanarlo

Antes de revestirse y sin olvidar un solo día, se purificaba las manos y no hablaba con nadie hasta después de haber terminado la Misa, en que siempre hacía su acto de acción de gracias, con la lentitud acostumbrada, y que por nada altera sus costumbres con relación a sus actos dentro de la Iglesia.

No consentía que se hablase en la iglesia y hacía callar fuera quien fuese diciéndoles: “¿No comprenden que ésta es la casa de Dios?”. Llamaba la atención su gran fervor sobre todo en la Santa Misa. Los domingos explicaba el Santo Evangelio con tanta piedad que conmovía. Se lamentaba de que oyesen tan pocos la Santa Palabra. Con frecuencia se le veía de rodillas delante del sagrario con las manos en el pecho y con la cabeza baja, en especial al dar gracias después de la Santa Misa.

Un día, fiesta de la Virgen del Carmen, celebrábamos la novena. Junto a la puerta de la sacristía, había un armonio pequeño que transportábamos para cantar y allí nos reuníamos para el canto después del Rosario que el Sr. Párroco dirigía. Al segundo misterio doloroso notamos en él algo particular: se interrumpió unos momentos, emocionado, después continuó, pero equivocándose, con la voz conmovida. Todos los presentes lo notamos sin poder conocer la causa, pero todos comprendimos le pasaba algo extraordinario.

Una vez terminado, en vez de dirigirse al armonio a tocar como tenía por costumbre, pasó a la sacristía muy deprisa. Una hermana suya que era cantora entró enseguida detrás de él y nosotras la seguimos, pero él se desentendió de todas las preguntas que se le hicieron, pero estaba pálido, tembloroso y gran sudor caía de su frente. Se sentaba y volvía a ponerse de pie. Todos nos miramos sin decirnos nada pero comprendíamos que algo especial le sucedía y decíamos que Dios le habría, tal vez, dado una inspiración de lo que le iba a suceder pronto. Desde entonces todos notamos que su fervor aumentaba. Nos hablaba de mártires con frecuencia, y en su casa notaban que en cualquier parte se ponía a rezar. Un día su madre le encontró con los brazos en cruz en uno de los escalones del vestíbulo. Él no oyó sus pasos y en una actitud de santo fue interrumpido por la voz de su madre que le llamaba emocionada.

7. Providencia

Una tarde nos lamentábamos unas cuantas en su presencia de la sequía con que Dios tenía los campos de Munera, don Bartolomé, con verdadero amor de padre, nos reprendió, haciéndonos ver que con ello hacíamos agravio a la Providencia, que da de comer a sus pajaritos y animalitos del campo.

Cuando quitaron la asignación a casi todo el clero menos a los párrocos, que les dejaron la mitad de lo que percibían, el Sr. obispo indicó a los párrocos si alguno

quería dar algo de lo que a ellos les habían dejado. Bartolomé consultó con su madre por si nos podíamos arreglar con menos porque él quería dar, pero sabía que los ingresos habían disminuido mucho y apenas se podía ir saliendo, pero mi buena madre le dijo: “Da lo que quieras que ya nos arreglaremos como podamos”, y así lo hizo, daba la mitad de lo que le habían dejado. Y tan contento de poder ayudar a sus compañeros. No quería que hiciéramos extraordinarios en fechas señaladas, como era su santo; decía: “Con la persecución que sufre la Iglesia estamos de luto. ¡Cuántos sacerdotes no tendrán para comer ni para vestir! Cuando suprimieron los cultos por las calles, ¡qué guerra más cruel le hicieron!, calumnias, burlas, hasta en el templo durante la celebración de la Santa Misa, ¡y con qué mansedumbre lo sufría todo! Nunca oímos de su boca una queja, un desahogo para con aquellos malvados.

8. Dolor por sus fieles

Sentía verdadero dolor el que sus fieles no estuvieran mejor enterados de la doctrina cristiana, procurando por todos los medios y ocasiones el predicarla siempre con verdadero afecto de padre que quiere el bienestar de sus hijos y por eso se desvelaba para estar siempre a la cabecera del necesitado y poder consolarlo en las miserias, y hacer más suave el yugo, con sus palabras cariñosas y ejemplo.

9. Celo por las prescripciones de la Iglesia

Con relación al cumplimiento pascual desplegaba su mayor actividad para con los fieles, llegando al extremo que para ser padrinos, exigía haber hecho el cumplimiento pascual, dándose el caso de no dejar ser padrino al que no cumplía con la Iglesia; los que querían contraer matrimonio procuraba antes de adoctrinarles hasta que les hacía comprender la responsabilidad que contraían ante Dios; ocurriendo varias veces de retrasar estos actos por no estar suficientemente preparados. Todo esto le ocasionaba grandes disgustos, pero él siempre con el mismo afecto y cariño de padre lo soportaba con gusto y resignación, ya que todo lo hacía para alabar y dar mayor honra a Dios, y en bien de las almas a él encomendadas.

10. Preparación a los sacramentos

Por el catecismo sentía gran predilección y donde más trabajaba, ya que como él decía había que abonar y preparar bien aquellas almas para que en su tiempo debido diera el fruto deseado, no cesando en su trabajo constante y lleno de dificultades con que atravesó en aquella época, y que tantos malos ratos pasaba. Pero, debida a su sólida organización, hoy día se ven aquellas generaciones florecientes, dando el fruto que él tanto se afanó en preparar, y que todos recordamos con gran satisfacción.

Se ocupaba de formar bien a las jóvenes (de la asociación Hijas de María) y tenía tal unción en sus pláticas que nos iba encauzando, y poco a poco el número de

comuniones iban aumentando entre ellas. Solía decir: “Prefiero pocas y fervorosas y no muchas que no tengan ganas de Eucaristía”.

En la catequesis ponía sus cinco sentidos, su mayor entusiasmo creo era explicarle a los niños, no se cansaba; decía: “Estos son los mejores amigos que no engañan”. Más de una vez, teniendo grande afonía (pues había día que hablaba cuatro veces), le dijimos la suprimiera, pero él a su hora se marchaba pasando antes por la farmacia para que le dieran algún remedio para poder hablar; otra vez nos contestó: “¿Para qué me ha dado el Señor la garganta sino para alabarlo?”.

11. Oración

Estando en su casa, siempre se le encontraba preocupado y velando por sus feligreses. Tenía la costumbre de que durante sus oraciones o rezos, no interrumpirlos aunque recibiera visitas, a no ser que por algún caso de gravedad en que hiciera falta su presencia para atender a las almas, en cuyo caso dejaba todo para acudir con la mayor rapidez.

Hacía sus rezos paseando por el jardín y mientras duraban no hablaba con nadie. Muchas veces al entrar a ver a sus hermanas, le encontraba y le saludaba, sin que se diese por aludido, y cuando terminaba entraba en la casa y respondía a la atención amablemente.

No interrumpía nunca el rezo del breviario; si lo hacía en su casa o en el pórtico de la parroquia; evitaba siempre las visitas o saludos de compromiso retirándose a un lugar solitario, y cuando terminaba saludaba a todos con cariño.

12. Predicación

En su predicación constante procuraba hacerlo con la mayor sencillez posible, para que todo el que le escuchara pudiera entenderle, procurando en todos sus actos dar ejemplo de humildad y sumisión ante todo.

En los últimos tiempos de la República se notaba cierta libertad en algunos sectarios y los domingos en la explicación del Evangelio, quisieron impedir que lo hiciese. El buen sacerdote no hizo caso y seguía cada domingo hablando al pueblo. Al ver que seguía, unos más atrevidos quisieron intimidarle y con cinismo, cuando se volvía para hablar, descaradamente iban a colocarse junto al presbiterio. Todos estábamos indignados; él seguía sin inmutarse, y al decirle que entre todos íbamos a echarlos a la calle, contestaba: “No hagan tal cosa, pobrecillos, no saben lo que se hacen, déjenlos”.

13. Amor a la Eucaristía

Amante de la Santa Eucaristía gozaba cuando veía el comulgatorio lleno y lo comentaba con entusiasmo. Se dolía de la poquísimas gente que iba a misa

diariamente. Un día le oí decir: “Qué pena, hoy sólo hemos estado media docena de personas y el sagrario no se ha abierto..., no sé qué haría para traer a la gente”.

14. Confesión

Pasaba mucho tiempo sentado en el confesionario, muchas veces sin que nadie se acercase, y esto varios días.

En la Iglesia hablaba todos los domingos y recuerdo que siempre tocaba el mismo punto. Yendo por un camino o por otro, siempre iba a parar a las confesiones mal hechas, porque decía que ésta era la causa principal de la perdición de las almas.

15. Sacerdocio

Era gran entusiasta del sacerdocio. ¡Con qué amor y respeto hablaba de sus superiores, del Seminario, de sus compañeros, de la dignidad y grandeza del estado sacerdotal! Estaba inflamado de amor de Dios y nos comunicaba todo su entusiasmo. Los que de cerca le tratábamos le comprendíamos perfectamente. Cuántas veces oí decir a su madre: “No se dan ustedes idea de su fervor, ¡es extraordinario!” y no era amor de madre, se traslucía en todas sus palabras.

16. Obediencia

Las órdenes de sus superiores las cumplía al pie de la letra.

Ordenó el Sr. Cardenal en una de ellas que no podían ser padrinos los que no cumplían con la iglesia. Esta orden la admitieron muy mal los del pueblo y se negaron a acatarla. Su madre y algunas personas más le decían hiciese la vista gorda y lo dejase pasar, como seguramente harían algunos de sus compañeros para evitarse disgustos: “Debo obedecer y lo haré por encima de todo”, respondió, y así lo hizo. Tuvo que soportar muchas faltas de respeto, pero mantuvo la orden sin ceder. Más de una vez las que le conocíamos y admirábamos su virtud prolongábamos nuestros rezos en la iglesia, cuando comprendíamos que iba a llegar algún bautizo de los que debía rechazar a los padrinos, y procurábamos mediar en la disputa, ofreciéndonos como madrinas, costeando el bautizo. Unos aceptaban a regañadientes, murmurando del párroco, pero hubo otros que no se avenían a razones y se llevaban a la criatura sin bautizar. Esto era un verdadero sufrimiento para el pobre don Bartolomé, aunque escuchaba todo pacientemente y con su sonrisa habitual. Le aconsejaban que no trabaje tanto por el pueblo, que no lo merecía. El contestaba: “Digo lo que decía un superior mío: descansaré en el cielo”.

Hacía cumplir con rigor las órdenes del cardenal Segura y esto le ocasionó grandes disgustos, su familia le decía que en otros pueblos no lo hacían así y él contestaba: “El que obedece nunca se equivoca”.

17. Caridad y modestia

Es de advertir que el pueblo de Munera, aunque grande, no tiene pobres de solemnidad, pero el párroco sabía darse cuenta de si alguna familia se encontraba en algún apuro y allí acudía con delicadeza a levantar el ánimo y a remediar la situación sin que nadie se diese cuenta de ello. Una persona me hizo una confidencia y por ella me enteré que ayudaba secretamente a ciertas personas necesitadas.

18. Dirección espiritual

Las jóvenes piadosas a quienes dirigía las encauzaba con suavidad magníficamente, apartándolas de sitios peligrosos donde podían mancillar sus almas.

19. Jóvenes

Toda su ilusión era atraerse también a los jóvenes y formar un buen grupo de chicos; y se complacía viéndolos acercarse a comulgar. Con esto gozaba y daba gracias a Dios y seguía encomendándolos a Dios cuando dejaban el pueblo para ir a continuar sus estudios. Hubo chicos y chicas que jamás habían cumplido con la Iglesia y llegaron a ser más tarde de comunión diaria.

20. Niños

Su predilección fueron los niños, de ellos esperaba el resurgir del pueblo. Organizó la catequesis, repartía premios a los más aplicados y con aquel cariño que le caracterizaba se llenaba la iglesia de chicos, que hoy, ya mayores, recuerdan con cariño y orgullosos de haber asistido a ella. A las catequistas las reunía todas las semanas para prepararlas y darles el tema, luego todos reunidos daba la explicación general.

21. Asociaciones de Iglesia

Cuando llegó a Munera empezó a fundar el Apostolado de la Oración, con sus comuniones mensuales. Existían otras asociaciones, que se limitaban a pagar la cuota fijada, pero no aparecían nunca por la iglesia. El celoso párroco les advirtió que no podían formar parte de ninguna asociación, si por lo menos no confesaban y comulgaban una vez al año. Esto le trajo varios disgustos y críticas. Alguno de los afiliados de una de las asociaciones se fueron a ver al Sr. Cura aconsejándole cediese y dejase las cosas como estaban establecidas, a lo que contestó: “Esto no se puede permitir. ¿Cómo van a ser socios personas que jamás pisan la iglesia y no comulgan nunca?...” Y se sostuvo en lo dicho.

Organizó a las Hijas de María y les impuso la comunión mensual, por lo menos. Tanto trabajó con las Hijas de María y con el Apostolado de la Oración, que logró un número crecido de asociados.

22. Celo apostólico

Su celo se explanaba cada día: organizó la catequesis y resultó una de sus grandes labores. Empezó por formar y preparar catequistas comprándoles libros y enseñándoles cómo debían actuar. Logramos reunir 300 niños, a quienes les enseñábamos el catecismo con miras a que estuviesen preparados para su primera comunión. Nos decía el celoso sacerdote: “Seguid trabajando intensamente, que cuando esta generación sea mayor, el pueblo será otra cosa. Es necesario formar bien a esta juventud”.

Para atraer a los que no se acercaban a Dios organizó una serie de conferencias por la noche. Los pocos adictos no faltaban a ellas y otros, movidos por la curiosidad, fueron acudiendo a las reuniones, quedando maravillados de su elocuencia, pero esto no duró mucho a causa de los acontecimientos políticos que se sucedieron.

Siempre era el primero en acudir a la parroquia y se le encontraba en oración ante el sagrario o en el confesionario. Para la celebración de la Eucaristía siempre era puntualísimo, por eso en la confesión se detenía lo necesario, sobre todo en los días de precepto, que al dar la hora se marchaba sin confesar a las penitentes, sobre todo si éstas frecuentaban los sacramentos diariamente.

Su actividad apostólica fue ciertamente de gran provecho para Munera y de una intensidad incesante. Ejerció sin descanso el ministerio de la confesión. Los primeros viernes de mes lo arrobaban. La catequesis fue sublime; aquí ejerció su apostolado intensamente porque los niños, como a Jesús, le atraían y es que su alma era gemela con los pequeñuelos. Se desvivió para que nadie muriese sin recibir los últimos auxilios. Todo con palabras hondamente evangélicas, es decir, con las redes propias del pescador enviado por Cristo Jesús a la conquista de los humanos corazones.

23. Vocación al martirio

Un año o dos antes nos hablaba del padre Pri, jesuita mejicano que murió mártir, y entusiasmado decía: ¡Quién pudiera morir así!

La última vez que lo vi fueron horas antes de prenderlo. Lo encontré triste y preocupado, se esforzaba para no dar pena a su familia y decía: “Lo que más siento es no poder celebrar la eucaristía”. Y se le llenaban los ojos de lágrimas. Todos le aconsejamos que se marchase y él contestaba: “El buen pastor no abandona a sus ovejas”. Y también: “El buen artillero muere al pie del cañón, en estos momentos es cuando más me necesitan mis feligreses”. Lo sacaron de su casa entre dos grandes filas de milicianos armados, y con las manos atadas hasta la parroquia.

Al que tan santa vida llevó, Dios quiso acrisolarle todavía más en su amor, permitiendo sufriese su cuerpo el martirio. Fue una de las víctimas del tiempo rojo. Aunque pudo marcharse del pueblo y ponerse a salvo, no quiso. Como Cristo, se quedó con sus ovejas ofreciendo al Eterno Padre su vida, por la salvación de ellas.

Siempre apreció en él una vida austera de oración y de estudio a la que se dedicaba íntegramente y una gran rectitud en todos sus actos. En muchas ocasiones le oí manifestar que su mayor deseo era ser mártir de la fe de Cristo, pero que se consideraba indigno de tal honor, pero Dios quiso en su infinita misericordia concederle tal honor.

24. Su madre

Cuando le dieron la noticia a su madre, le dijeron: “Doña Joaquina, don Bartolomé no puede venir porque ya está en el cielo, gozando de Dios”. Y mirando un cuadro del Sagrado Corazón respondió: “Me lo pediste cuando era pequeño y te lo di, hoy me lo vuelves a pedir, y te lo entrego. Que se cumpla tu santa voluntad”.

25. Martirio

Llegó el 17 de julio de 1936. Al principio Albacete y su provincia quedó en poder de los nacionales, hasta el día 25. Aquél día oímos dos misas, una por un padre escolapio y otra por él. Hubo mucha gente y comuniones y todos esperábamos un desenlace. Don Bartolomé quitó la santa reserva en previsión de algún desmán. Por la tarde caía la capital y había gran desorientación. A las once de la noche fuimos a casa de un familiar nuestro para tomar las últimas noticias. En frente de donde estábamos vivían unas amigas y allí fueron también nuestro párroco y familia. Al enterarse que estábamos tan cerca se llegaron sus hermanas a saludarnos, un poco asustadas. Les propusimos que no volviesen a su casa y le señalamos un sitio oculto para su hermano en el mismo sitio en donde estábamos. Pasaron a decírselo y no aceptó. La respuesta fue: “El buen pastor no abandona a sus ovejas”.

Al otro día fue de tristeza para todos. Se celebró por última vez la Santa Misa y llegados los revolucionarios se apoderaron del ayuntamiento.

El 27 fui con una de mis hermanas a casa del párroco. Salieron su madre y hermanas tristes y llorosas; después vino él preocupado pero sin abandonar su habitual sonrisa. Nos dijo que, como siempre, había ido a la iglesia para celebrar, pero que en la puerta le esperaban: le cogieron la llave, él se defendió y al querer entrar con ellos no lo consintieron y volvió a su casa. Le habían dicho los rojos que sólo iban a subir a la torre para dar señales con la campana y le había prometido no harían nada dentro.

Luego nos dijeron tuvo que luchar con ellos y le insultaron. Se paseaba nervioso y pálido con las manos atrás. “Siento no haber dicho Misa; si lo sé, la hubiera dicho aquí en casa”.

Formábamos corro a la entrada del portal. Su madre lloraba, sus hermanas hablaban con nerviosismo. El toque de campanas comenzó y los gritos se hacían oír cada vez más. Nosotras les animábamos y les aconsejamos saliese el hijo al anochecer. Él nos contestó: “No, no saldré, el buen artillero muere al pie del cañón”. Y como su madre y hermana entraron a buscar algo, se acercó él a nosotras y nos dijo bajito: “Cómo me gustaría ser mártir, lo sentiría por mi madre y mis hermanas”.

Llegó la una y nos dispusimos a marchar, prometiéndoles volver a la caída de la tarde. Se quedaron tristes y nuestro corazón lo estaba también. Salimos con un poco de miedo, los gritos parecían de fieras, el toque de campana helaba la sangre. Nos miramos y salimos deprisa. Al volver la vista para dar el último adiós nos conmovimos; nos miraba fijo desde el quicio de la puerta, manos atrás y con cara triste y pensativa.

La situación había empeorado; las calles estaban llenas de escopeteros, la gente había desaparecido... Por fin llegó la tarde y nos dispusimos a volver. Nos dijeron que se estaban haciendo detenciones por lo que seguimos deprisa, y al llegar cerca de la iglesia nos pararon: el paso estaba prohibido. Retrocedimos por otra calle, aproximándonos más a la casa, pero todo fue inútil, la casa estaba tomada, rodeada de milicianos. Nuestro buen párroco había sido detenido de cinco a seis. Al salir quiso despedirse de su madre y no le dejaron. En la puerta le esperaba una patrulla, y con una soga le ataron las manos.

Así fue llevado en medio de la chusma soez a la iglesia, donde habían convertido la sacristía en cárcel. Unos treinta eran los detenidos. Aquella misma tarde le quitaron la sotana que era su vida, como nos dijo su madre, ya que desde que la vistió, jamás le habían visto sin ella. Fue una noche horrible: de madrugada llamaron a la ventana de casa. Eran sus hermanas que nos llamaban y pronto pudimos abrazarnos llorando, partidas todas de dolor. Desde aquel momento no nos separamos. Con ellas sufrimos los registros de la casa, que fueron atroces y recibimos juntas las noticias del martirio de su hermano. El 28 por la mañana empezó el martirio. Según nos contaron.

Su martirio duró cuarenta y ocho horas recibiendo toda clase de insultos: lo tiraron varias veces desde el púlpito, saltaron sobre su cuerpo, pidió agua y se orinaron en su boca, no le dejaron que descansara en el colchón que se le llevó como a todos los demás, le obligaron a blasfemar y a todo se negó repitiendo constantemente: “Por tu pasión, Jesús mío, por tu pasión”.

Momentos antes de morir llamó a los que le martirizaban y cogió las manos de uno de ellos las besó y casi sin poder hablar le dijo: “Te perdono como Dios me perdona a mí”. Todos los que estaban con él lloraban de impresión, incluso algunos de los mismos milicianos.

Recuerdo que al verme entrar se entristeció al pensar que tal vez era yo detenido por haber sido acólito y por el mucho contacto que con él tenía, recomendándome paciencia y resignación y que nunca guardase odio o rencor contra los que querían hacernos daño, y que pensase que Cristo murió en la cruz y perdonó a todos los que le maltrataron, y por lo tanto yo debía hacer igual, como igual recomendaba a todos los que allí nos encontrábamos, palabras que servían para fortalecernos y animarnos para con gusto sobrellevar todos los ultrajes que se nos pudieran inferir, ya que él consideraba aquello como una prueba de las muchas que Dios nos daba para fortalecernos y ser verdaderos soldados de Cristo. Nos alentaba para si era preciso y llegaba el momento de tener que dar la vida por el triunfo de la santa fe, que lo hiciéramos como lo habían hecho los cristianos en todas las épocas y edades de la Historia de la Iglesia. Él tenía el convencimiento de que querían hacer desaparecer la Iglesia, pero nunca le faltó la fe de que la Iglesia no podía desaparecer, pues le aconsejamos unos días antes de ser detenido que debía marcharse a su pueblo mientras durasen aquellas anormalidades, y nos dio por respuesta que él no abandonaría jamás a sus fieles, que permanecería con ellos, y si tenía que ser maltratado lo sufría con gusto, y hasta que estaba dispuesto a dar su vida por sus hijos, si necesario era.

Al día siguiente de esto fue detenido y empezaron a castigarle, con el fin de que renegara de Cristo, y no pudieron conseguirlo, pues cuantas más palizas le daban, más se fortalecía, y hacía tomar ánimo a los que allí estábamos. En una de las palizas no podía tenerse en pie, cayó al suelo y a patadas le introdujeron en la sacristía, donde yo me puse junto a él, y no se le oyó ni una sola queja de dolor, sino las frases siguientes repetidas veces: “Perdón, Señor, perdónales que no saben lo que hacen”, y a nosotros también nos pedía perdón si era culpable de que estuviéramos detenidos.

Cuando empezaba a alborear y se encontraba fortalecido, le volvieron a sacar al crucero de la Iglesia para que renegara de Cristo, lo cual no pudieron conseguir, le sentaron en un banco y empezó la destrucción material de la Iglesia, con lo cual le hacían sufrir, y a cada cosa que destruían le preguntaban, para mofarse de él, para qué servía, a lo cual contestaba con agrado y cariño, y por respuesta recibía un par de bofetadas y un latigazo, demostrando siempre la misma fe y fortaleza y su confianza en Dios. En el último momento, en que yo presencié aquellos destrozos, me dijo, mirándome con ojos de compasión: “Pide al Todopoderoso, para sufrir con resignación y que no me abandone en tan dura prueba, y no olvides de perdonar si quieres que Dios te perdone”.

Si su vida fue admirable, su muerte debió ser la alter Christus. Llegado el momento en que se sentía desfallecer (a pesar de tenerle prohibido los milicianos que se echase en un colchón que tenía) por los golpes que había recibido al ser arrojado por dos veces desde el púlpito por no blasfemar, se dejó caer en él, cuando llegaron éstos y arremetieron contra él mandándole se levantase, mas como ya no podía, y se sentía morir, rogó a uno de ellos (quizás el que más daño

le hizo) que le diese la mano. Este se negó en principio, pero a sus instancias, y quizás como hecho providencial para que se viese más claramente la mano de Dios, le alargó ésta, y él, como Cristo, pidió perdón para sus enemigos, besó aquella mano que le daba la muerte, y le dijo: “Te perdono”, y en aquel instante murió con la palabra de perdón en los labios. Así mueren los santos. Así morían los mártires.

Homilía de la Misa de la Beatificación de los mártires de España del siglo XX

Pronunciada por el cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos

“Vivimos en una época en la cual la verdadera identidad de los cristianos está constantemente amenazada y esto significa que ellos o son mártires, es decir, adhieren a su fe bautismal en modo coherente, o tienen que adaptarse.”

Eminentísimos señores cardenales, Excelentísimos señores obispos y hermanos en el sacerdocio, Respetables autoridades, Hermanas y hermanos en Cristo:

1. Por encargo y delegación del Papa Benedicto XVI, he tenido la dicha de hacer público el documento mediante el cual el Santo Padre proclama beatos a cuatrocientos noventa y ocho mártires que derramaron su sangre por la fe durante la persecución religiosa en España, en los años mil novecientos treinta y cuatro, treinta y seis y treinta y siete. Entre ellos hay obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos, mujeres y hombres; tres de ellos tenían dieciséis años y el mayor setenta y ocho.

Este grupo tan numeroso de beatos manifestaron hasta el martirio su amor a Jesucristo, su fidelidad a la Iglesia Católica y su intercesión ante Dios por todo el mundo. Antes de morir perdonaron a quienes les perseguían --es más, rezaron por ellos--, como consta en los procesos de beatificación instruidos en las archidiócesis de Barcelona, Burgos, Madrid, Mérida-Badajoz, Oviedo, Sevilla y Toledo; y en la diócesis de Albacete, Ciudad Real, Cuenca, Gerona, Jaén, Málaga y Santander.

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma: «El martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe» (a 2473). En efecto, seguir a Jesús, significa seguirlo también en el dolor y aceptar las persecuciones por amor del Evangelio (cf. Mt. 24,9-14; Mc. 13,9-13; Lc. 21,12-19): «Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre» (Mc. 13,13; cf. Jn. 15,21). Cristo nos había anticipado que nuestras vidas estarían vinculadas a su destino.

2. El logotipo de esta beatificación, de una importancia notable por el gran número de nuevos beatos, tiene como elemento central una cruz de color rojo, símbolo del amor llevado hasta derramar la sangre por Cristo. Acompaña a la cruz una palma estilizada, que intencionalmente se asemeja a unas lenguas de fuego, en la que vemos representada la victoria alcanzada por los mártires con su fe que vence al mundo (cfr. 1 Jn 1, 4), así como también el fuego del Espíritu Santo que se posa sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, y asimismo la zarza que arde y no se consume con una llama, en la que Dios se presenta a Moisés en el relato del Éxodo y es expresión de su mismo ser: el Amor que se da y nunca se extingue.

Estos símbolos están enmarcados por una leyenda circular, que recuerda un mapa del mundo: «Beatificación mártires de España». Dice «mártires de España» y no «mártires españoles», porque España es el lugar donde fueron martirizados, y es también

la Patria de gran parte de ellos, pero hay también quienes provenían de otras naciones, concretamente de Francia, México y Cuba. En cualquier caso, los mártires no son patrimonio exclusivo de una diócesis o nación, sino que, por su especial participación en la Cruz de Cristo, Redentor del universo, pertenecen al mundo entero, a la Iglesia universal.

Se ha elegido como lema para esta beatificación unas palabras del Señor recogidas en el Evangelio de San Mateo: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,14). Como declara el Concilio Vaticano II al comienzo de su Constitución sobre la Iglesia, Jesucristo es la luz de las gentes [1]; esa luz se refleja a lo largo de los siglos en el rostro de la Iglesia y hoy, de manera especial, resplandece en los mártires cuya memoria estamos celebrando. Jesucristo es la luz del mundo (Jn. 1, 5-9), que ilumina nuestras inteligencias para que, conociendo la verdad, vivamos de acuerdo con nuestra dignidad de personas humanas y de hijos de Dios y seamos también nosotros luz del mundo que ilumina a todos los hombres con el testimonio de una vida vivida en plena coherencia con la fe que profesamos.

3. «He combatido bien mi batalla, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe» (2 Tim 4, 7). Así escribe San Pablo, ya al final de su vida, en el texto de la segunda lectura de este domingo. Con su muerte, estos mártires hicieron realidad las mismas convicciones de San Pablo.

Los mártires no consiguieron la gloria sólo para sí mismos. Su sangre, que empapó la tierra, fue riego que produjo fecundidad y abundancia de frutos. Así lo expresaba, invitándonos a conservar la memoria de los mártires, el Santo Padre Juan Pablo II en uno de sus discursos: «Si se perdiera la memoria de los cristianos que han entregado su vida por confesar la fe, el tiempo presente, con sus proyectos y sus ideales, perdería una de sus características más valiosas, ya que los grandes valores humanos y religiosos dejarían de estar corroborados por un testimonio concreto inscrito en la historia» [2].

No podemos contentarnos con celebrar la memoria de los mártires, admirar su ejemplo y seguir adelante en nuestra vida con paso cansino. ¿Qué mensaje transmiten los mártires a cada uno de nosotros aquí presentes?

Vivimos en una época en la cual la verdadera identidad de los cristianos está constantemente amenazada y esto significa que ellos o son mártires, es decir, adhieren a su fe bautismal en modo coherente, o tienen que adaptarse.

Ya que la vida cristiana es una confesión personal cotidiana de la fe en el Hijo de Dios hecho hombre esta coherencia puede llegar en algunos casos hasta la efusión de la sangre.

Pero como la vida de un solo cristiano donada en defensa de la fe tiene el efecto de fortalecer toda la Iglesia, el hecho de proponer el ejemplo de los mártires significa recordar que la santidad no consiste solamente en la reafirmación de valores comunes para todos sino en la adhesión personal a Cristo Salvador del cosmos y de la historia. El martirio es un paradigma de esta verdad desde el acontecimiento de Pentecostés.

La confesión personal de la fe nos lleva a descubrir el fuerte vínculo entre la conciencia y el martirio.

«El sentido profundo del testimonio de los mártires», según escribía el cardenal Ratzinger, está en que «ellos testimonian la capacidad de la verdad sobre el hombre como límite de todo poder y garantía de su semejanza con Dios. Es en este sentido que los mártires son los grandes testimonios de la conciencia, de la capacidad otorgada al hombre de percibir, más allá del poder, también el deber y por lo tanto abrir el camino hacia el verdadero progreso, hacia la verdadera elevación humana» (J. Ratzinger, *«Elogio della*

coscienza», Roma, «*Il Sabato*» 16 de marzo de 1991, p. 89).

4. Los mártires se comportaron como buenos cristianos y, llegado el momento, no dudaron en ofrendar su vida de una vez, con el grito de «¡Viva Cristo Rey!» en los labios. A los hombres y a las mujeres de hoy nos dicen en voz muy alta que todos estamos llamados a la santidad, todos, sin excepción, como ha declarado solemnemente el Concilio Vaticano II al dedicar un capítulo de su documento más importante --la Constitución «*Lumen gentium*», sobre la Iglesia-- a la «llamada universal a la santidad». ¡Dios nos ha creado y redimido para que seamos santos! No podemos contentarnos con un cristianismo vivido tibiamente.

La vida cristiana no se reduce a unos actos de piedad individuales y aislados, sino que ha de abarcar cada instante de nuestros días sobre la tierra. Jesucristo ha de estar presente en el cumplimiento fiel de los deberes de nuestra vida ordinaria, entretejida de destalles aparentemente pequeños y sin importancia, pero que adquieren relieve y grandeza sobrenatural cuando están realizados con amor de Dios. Los mártires alcanzaron la cima de su heroísmo en la batalla en la que dieron su vida por Jesucristo. El heroísmo al que Dios nos llama se esconde en las mil escaramuzas de nuestra vida de cada día. Hemos de estar persuadidos de que nuestra santidad --esa santidad, no lo dudemos, a la que Dios nos llama-- consiste en alcanzar lo que Juan Pablo II ha llamado el «nivel alto de la vida cristiana ordinaria» [3].

El mensaje de los mártires es un mensaje de fe y de amor. Debemos examinarnos con valentía, y hacer propósitos concretos, para descubrir si esa fe y ese amor se manifiestan heroicamente en nuestra vida.

Heroísmo también de la fe y del amor en nuestra actuación como personas insertas en la historia, como levadura que provoca el fermento justo. La fe, nos dice Benedicto XVI, contribuye a purificar la razón, para que llegue a percibir la verdad [4]. Por eso, ser cristianos coherentes nos impone no inhibirnos ante el deber de contribuir al bien común y moldear la sociedad siempre según justicia, defendiendo --en un diálogo informado por la caridad-- nuestras convicciones sobre la dignidad de la persona, sobre la vida desde la concepción hasta la muerte natural, sobre la familia fundada en la unión matrimonial una e indisoluble entre un hombre y una mujer, sobre el derecho y deber primario de los padres en lo que se refiere a la educación de los hijos y sobre tantas otras cuestiones que surgen en la experiencia diaria de la sociedad en que vivimos.

Concluimos, unidos al Papa Benedicto XVI y a la Iglesia universal, que vive en los cinco Continentes, invocando la intercesión de los mártires beatificados hoy y acudiendo confiadamente a Nuestra Señora Reina de los mártires para que inflamados por un vivo deseo de santidad sigamos su ejemplo.

Notas:

[1] Concilio Vaticano II, Const. «*Lumen gentium*», n. 1.

[2] Juan Pablo II, «Mensaje a la VIII Sesión Pública de las Academias Pontificias», 2003, n. 6.

[3] Juan Pablo II, Carta Apostólica «*Nuovo Millennio ineunte*», 6-1-2001, n. 31. 4

[4] Benedicto XVI, encíclica «*Deus caritas est*», nn. 28-29

Oración a los Mártires de España del siglo XX

*Oh Dios, que enviaste a tu Hijo,
para que muriendo y resucitando
nos diese su Espíritu de amor.
Nuestros hermanos,
mártires del siglo XX en España,
mantuvieron su adhesión a Jesucristo
de manera tan radical y plena
que les permitiste derramar su sangre por Él.
Danos la gracia y la alegría de la conversión
para asumir las exigencias de la fe;
ayúdanos, por su intercesión,
y por la de María, Reina de los mártires,
a ser siempre artífices de reconciliación
en la sociedad
y a promover una viva comunión
entre los miembros de tu Iglesia en España;
enséñanos a comprometernos, con nuestros pastores,
en la nueva evangelización
haciendo de nuestras vidas
testimonios eficaces del amor a Ti y a los hermanos.
Te lo pedimos por Jesucristo,
el Testigo fiel y veraz,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.*

Triduo en memoria del Martirio del Beato Don Bartolomé Rodríguez Soria

Al iniciar cada día la oración:

Decía el cardenal José Saraiva Martins en la homilía de la Beatificación de los mártires de España:

“El mensaje de los mártires es un mensaje de fe y de amor. Debemos examinarnos con valentía, y hacer propósitos concretos, para descubrir si esa fe y ese amor se manifiestan heroicamente en nuestra vida.

Heroísmo también de la fe y del amor en nuestra actuación como personas insertas en la historia, como levadura que provoca el fermento justo. La fe, nos dice Benedicto XVI, contribuye a purificar la razón, para que llegue a percibir la verdad. Por eso, ser cristianos coherentes nos impone no inhibirnos ante el deber de contribuir al bien común y moldear la sociedad siempre según justicia, defendiendo --en un diálogo informado por la caridad-- nuestras convicciones sobre la dignidad de la persona, sobre la vida desde la concepción hasta la muerte natural, sobre la familia fundada en la unión matrimonial una e indisoluble entre un hombre y una mujer, sobre el derecho y deber primario de los padres en lo que se refiere a la educación de los hijos y sobre tantas otras cuestiones que surgen en la experiencia diaria de la sociedad en que vivimos”.

Por ello, reconociendo nuestros pecados pidámosle perdón a Dios...

1º Día: Dios nos llama a ser santos cada día.

La vida cristiana no se reduce a unos actos de piedad individuales y aislados, sino que ha de abarcar cada instante de nuestros días sobre la tierra. Jesucristo ha de estar presente en el cumplimiento fiel de los deberes de nuestra vida ordinaria, entretejida de destalles aparentemente pequeños y sin importancia, pero que adquieren relieve y grandeza sobrenatural cuando están realizados con amor de Dios. Los mártires alcanzaron la cima de su heroísmo en la batalla en la que dieron su vida por Jesucristo. El heroísmo al que Dios nos llama se esconde en las mil escaramuzas de nuestra vida de cada día. Hemos de estar persuadidos de que nuestra santidad --esa santidad, no lo dudemos, a la que Dios nos llama-- consiste en alcanzar lo que Juan Pablo II ha llamado el «nivel alto de la vida cristiana ordinaria»².

De la vida del Beato Don Bartolomé:

Otro caso admirable contado por su madre, que revela la grandeza del alma de ese santo: siendo muy niño todavía, cuando sólo contaba seis o siete años de edad, ya era extraordinario el horror que le inspiraba todo pecado, pero de un modo especial el pecado de la blasfemia, y tanto era así que una tarde que salió con él de paseo por las afueras del pueblecito en que vivía, habiendo oído decir una blasfemia a un carretero que cruzaba la carretera con un carro, se adelantó heroico hasta ponerse frente al blasfemo, denostándole por su cobardía y rogándole que si le sobraba saliva en su boca se la arrojase en su rostro y no al de Dios, para lo cual le puso su carita de ángel. Aquel hombre, impresionado por

² Homilía de la Misa de la Beatificación de los mártires de España del siglo XX, pronunciada por el cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos

las palabras y acción del pequeño, se echó a tierra y cogiendo entre sus brazos al niño le estampó dos sonoros besos prometiéndole que en adelante no diría ninguna palabra fea³.

Luego de cada meditación rezaremos el Rosario y al finalizar la Oración a los Mártires de España del siglo XX.

Día 2º: El cristiano, luz del mundo.

Se ha elegido como lema para esta beatificación unas palabras del Señor recogidas en el Evangelio de San Mateo: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,14). Como declara el Concilio Vaticano II al comienzo de su Constitución sobre la Iglesia, Jesucristo es la luz de las gentes; esa luz se refleja a lo largo de los siglos en el rostro de la Iglesia y hoy, de manera especial, resplandece en los mártires cuya memoria estamos celebrando. Jesucristo es la luz del mundo (Jn. 1, 5-9), que alumbra nuestras inteligencias para que, conociendo la verdad, vivamos de acuerdo con nuestra dignidad de personas humanas y de hijos de Dios y seamos también nosotros luz del mundo que alumbra a todos los hombres con el testimonio de una vida vivida en plena coherencia con la fe que profesamos⁴.

De la vida del Beato Don Bartolomé:

Puedo asegurar que en el tiempo que viví muy cerca de él seguía con la misma pureza bautismal que de niño. Vivía tan unido al corazón de Cristo que todos sus pensamientos, palabras y obras tenían por norte la gloria de Dios y la salvación de las almas. Su conversación siempre era de Dios. En todas sus acciones ardía siempre la caridad. No hablaba más que por amor de Dios. Dios lo era todo para él, y a Dios ofrecía y refería siempre lo que hacía⁵.

Día 3º: Vocación al martirio.

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma: «El martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe» (a 2473). En efecto, seguir a Jesús, significa seguirlo también en el dolor y aceptar las persecuciones por amor del Evangelio (cf. Mt. 24,9-14; Mc. 13,9-13; Lc. 21,12-19): «Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre» (Mc. 13,13; cf. Jn. 15,21). Cristo nos había anticipado que nuestras vidas estarían vinculadas a su destino.

Los mártires se comportaron como buenos cristianos y, llegado el momento, no dudaron en ofrendar su vida de una vez, con el grito de «¡Viva Cristo Rey!» en los labios. A los hombres y a las mujeres de hoy nos dicen en voz muy alta que todos estamos llamados a la santidad, todos, sin excepción, como ha declarado solemnemente el Concilio Vaticano II al dedicar un capítulo de su documento más importante --la

³ CONGREGACION DE CAUSIS SANCTORUM, Prot. N. 1730. Toletana. Canonizationis seu declarationis martyrii Servorum Dei **Liberii González Nombela**, in odium fidei, uti fertur, interfectorum (+ 1936). Positio Super Martyrio. Romae, 1994. Pp. 197-264

⁴ Ib. Nota 2

⁵ Ib. Nota 3

Constitución «Lumen gentium», sobre la Iglesia-- a la «llamada universal a la santidad». ¡Dios nos ha creado y redimido para que seamos santos! No podemos contentarnos con un cristianismo vivido tibiamente⁶.

De la vida del Beato Don Bartolomé:

Su martirio duró cuarenta y ocho horas recibiendo toda clase de insultos: lo tiraron varias veces desde el púlpito, saltaron sobre su cuerpo, pidió agua y se orinaron en su boca, no le dejaron que descansara en el colchón que se le llevó como a todos los demás, le obligaron a blasfemar y a todo se negó repitiendo constantemente: “Por tu pasión, Jesús mío, por tu pasión”.

Momentos antes de morir llamó a los que le martirizaban y cogió las manos de uno de ellos las besó y casi sin poder hablar le dijo: “Te perdono como Dios me perdona a mí”. Todos los que estaban con él lloraban de impresión, incluso algunos de los mismos milicianos⁷.

Oración a los Mártires de España del siglo XX

*Oh Dios, que enviaste a tu Hijo,
para que muriendo y resucitando
nos diese su Espíritu de amor.
Nuestros hermanos,
mártires del siglo XX en España,
mantuvieron su adhesión a Jesucristo
de manera tan radical y plena
que les permitiste derramar su sangre por Él.
Danos la gracia y la alegría de la conversión
para asumir las exigencias de la fe;
ayúdanos, por su intercesión,
y por la de María, Reina de los mártires,
a ser siempre artífices de reconciliación
en la sociedad
y a promover una viva comunión
entre los miembros de tu Iglesia en España;
enseñanos a comprometernos, con nuestros pastores,
en la nueva evangelización
haciendo de nuestras vidas
testimonios eficaces del amor a Ti y a los hermanos.
Te lo pedimos por Jesucristo,
el Testigo fiel y veraz,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.*

⁶ lb. Nota 2

⁷ lb. Nota 3